

EN EL NUMERO DE JUNIO
DE

TIEMPO de HISTORIA



NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U. G. T.

A raíz de la celebración del XXX Congreso de la Unión General de Trabajadores en Madrid, Miguel Angel Molinero estudia la trayectoria histórica de esta agrupación, "la más veterana del movimiento obrero organizado español", que ha vivido, "junto con otras fuerzas sindicales y políticas, las dificultades, represiones y búsquedas de un camino de acción que cristalizara en medidas concretas las aspiraciones y tensiones registradas en el movimiento obrero". "La emancipación del obrero debe ser obra del proletariado mismo".

Junto a este artículo, el número 19 de TIEMPO DE HISTORIA incluye también:

HISTORIA DE UN PROCESO EMANCIPADOR: EL VOTO FEMENINO DURANTE LA II REPUBLICA, por Rosa María Capel. ● "LA CIUTAT CREMADA": DIEZ AÑOS DE HISTORIA CATALANA (1899-1909), por José Batlló. ● LENINISMO Y STALINISMO, por Valentín Medel Ortega. ● APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA CENSURA: LO QUE ERA "MALO" Y LO QUE ERA "BUENO" EN 1911, por Carlos Sampelayo. ● UN PARRICIDIO INTELLECTUAL EN 1933: LA MUERTE DE LA "VIRGEN ROJA", por Gabriel Coca Medina. ● LA ULTIMA VICTORIA DE LOS INDIOS AMERICANOS: LITTE BIG HORN, EN SU CENTENARIO, por Eduardo de Guzmán. Temas a los que acompañan las habituales reseñas de libros y cine, así como la sección "España 1946".

LEALO EN EL NUMERO DE JUNIO
DE

TIEMPO de HISTORIA

ARTE • LETRAS

— Las partes IV y V de Tercera Residencia han sido suprimidas totalmente. Hay que decir que la parte IV lleva el título de "España en el corazón". Supresión, por tanto, que se autojustifica. ¿A qué lector español podría interesarle?

— El Canto General apenas si queda en unas copillitas. Las eliminaciones son tanto o más significativas que las inclusiones. Las partes III ("Los conquistadores"), V ("La arena traicionada"), IX ("Que despierte el leñador"), XI ("Las flores de Punitaqui") y XII ("Los ríos del canto", cuyo apartado V es el famoso poema a Miguel Hernández donde se encuentra la no menos famosa alusión a "los Dámasos, los Gerardos"), han sido totalmente eliminadas. Todos los restantes epígrafes del Canto han sido mutilados, excepto el I; algunos de ellos con tanta sabiduría como el IV, dedicado a "Los libertadores".

— Las uvas y el viento sufre parecido proceso. Más de la mitad del libro se queda en la tiniebla, sin que nadie nos diga por qué.

— Navegaciones y regresos permite señalar la ausencia de poemas, entre otros muchos, claro, como los titulados "A Louis Aragón" y "Oda a Lenin" (este último, en sus nueve partes).

— De Cantos Ceremoniales se han suprimido, por ejemplo, las ocho partes de la "Elegía a Cádiz".

— Canción de gesta, el libro dedicado a la Revolución cubana, no fue escrito por Pablo Neruda, a juicio de nuestro anónimo antólogo, por lo que no considera necesario ni citar su título.

La decepción, la frustración y la indignación habrían de impedirme añadir nada más. Pero uno está hecho a tales emociones y aún quedan ánimos para añadir una última observación y una fervorosa recomendación. La observación se refiere a una cuestión de fechas. Como ya he dicho, la edición del libro está hecha en noviembre de 1974, el prólogo de Luis Rosales está fechado en agosto de 1973; Pablo Neruda murió, en las trágicas circunstancias de todos conocidas, en septiembre de 1973. Pues bien, ni muerte ni circunstancias tuvieron fuerza para que a lo largo del año y pico transcurrido desde la muerte del poeta hasta la edición del libro, el prologuista las tuviera en cuenta. Inútil buscar referencias a las mismas; ni siquiera un "post

scriptum", ni una sola línea. Uno no puede por menos de preguntarse si la edición no estará hecha para venderse especialmente en el Chile de Pinochet.

La recomendación, que insiste es fervorosa, es que el lector de Pablo Neruda, neófito o experimentado, recurra a ediciones menos aparatosas pero más honestas, que las hay. Por una vez, que sirva el escarmiento en cabeza ajena. ■ MARTIN VILUMARA.

Epistemología para el marxismo

A propósito del último libro de Luis Martín Santos (1) cabría observar algo parecido a lo que Quintanilla hizo notar sobre el pensamiento de Gustavo Bueno: que no cabe esperar su discusión ni su comprensión cabal, porque se inserta en un espacio que él mismo configura.

No se trata de que los problemas sobre los que gira Una epistemología para el marxismo no presenten interés general, ni de que las tesis de Martín Santos estén en abierta contracción con las tendencias más extendidas dentro del marxismo. Por el contrario: la cuestión reside, simplemente, en la peculiar trayectoria por la que Martín Santos llega hasta el planteamiento de esos problemas, hasta la formulación de esas tesis.

El caso de Martín Santos, dentro de su particularidad, es también el caso de otros muchos: llega al marxismo procedente de otro horizonte filosófico muy distinto; en concreto, el delimitado por el pensamiento de Husserl. No se trata, por cierto, de una llegada reciente, pero sí de una larga búsqueda del diálogo y la integración entre dos filosofías tan poco próximas, búsqueda que ya se había plasmado con anterioridad en La dialéctica en Husserl, texto al que el autor recurre en esta ocasión con frecuencia para explicitar o enraizar sus afirmaciones.

El propósito de Martín Santos es "enseñar al marxismo a hablar otros lenguajes", buscando apuntar una teoría de la conciencia paralela a la teoría económica formulada por Marx. El eje sobre el que gira este intento es la idea de "mediación", la medialidad. Ahora bien, los problemas de la epistemología marxista (tal y como aparecen en la obra de Badiou, Althusser, Cas-

(1) "Una epistemología para el marxismo". Akal, Madrid, 1976.

tells) no permanecen fuera del análisis de Martín Santos, sino que reaparecen en él a través de un nuevo bagaje de conceptos y presupuestos. Así, entre las tesis del autor hay varias que resultarán familiares a quienes procedan de ese horizonte "marxista estructural": la imposibilidad de una epistemología axiomática o de una teoría "neutral" del conocimiento, por ejemplo.

Más aún: Martín Santos recurre a nociones como las de "ruptura epistemológica" o "línea de demarcación", popularizadas por los althusserianos con independencia de sus orígenes respectivos. Pero pese a ello, el horizonte husserliano resulta determinante de los rasgos fundamentales de su análisis.

Si el marxismo debe hablar un nuevo lenguaje, la finalidad es superar la divergencia entre "la técnica del pensamiento implícita en los grandes textos marxistas" y "lo que los marxistas han escrito sobre el conocimiento". La medialidad cumpliría la función de poner de relieve lo que ha pasado inadvertido en el pensamiento de Marx a los ojos de esos autores marxistas que han escrito sobre el problema del conocimiento, permitiendo un filosofar "sin valores absolutos, sin jerarquías ni grados del saber, con medialidades alternativas". Martín Santos subraya la inexistencia de niveles determinantes en última instancia. Cada nivel puede aparecer en unas ocasiones como determinante y en otras como producto.

Naturalmente, hacer compatibles fenomenología y dialéctica es algo que presenta dificultades. Para el autor, sin embargo, el proyecto es viable, porque "la fenomenología sigue el camino de la libertad en la constitución de contenidos", mientras que "la dialéctica reconstruye el proceso del mundo según la vía de la necesidad". Martín Santos trata de soslayar las dificultades que podrían derivar de la concepción habitual de la reducción eidética o de la epojé, para concluir que si bien persiste la dificultad para convertir a la dialéctica y a la fenomenología en métodos complementarios, no parece posible llegar muy lejos prescindiendo de esta complementariedad.

Pienso que el intento de Martín Santos puede presentar dos tipos de problemas. El primero es el apuntado más arriba. En buena medida, la empresa que intenta llevar a cabo es puramente personal, ya que el horizonte fenomenológico no es el

punto de partida más habitual para quienes recurren a la teoría marxista. En consecuencia, los esfuerzos de Martín Santos pueden resultar totalmente incomprensibles para la mayoría de quienes reflexionan sobre epistemología desde un punto de vista marxista.

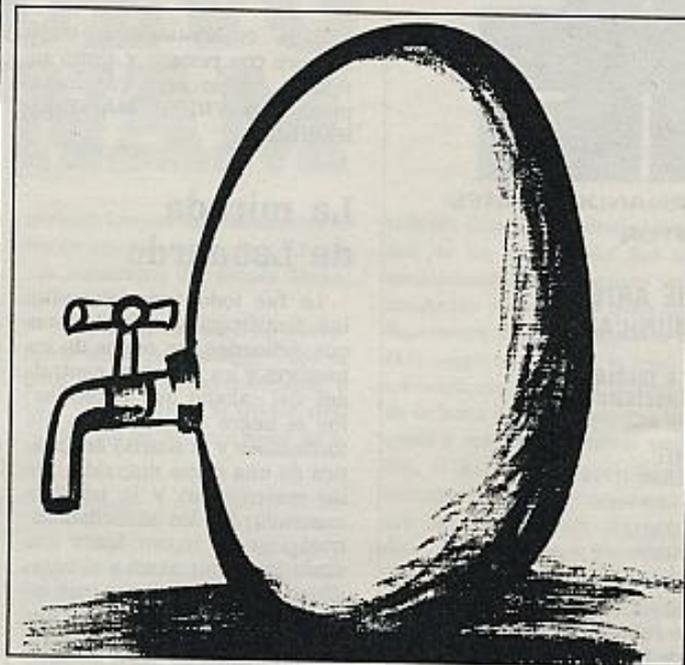
El segundo tipo de problemas está ligado con el anterior. El carácter personal del intento de Martín Santos conduce a una cierta artificialidad de las preguntas a las que intenta hallar respuesta. Esto se puede advertir en la extremada generalidad de tales preguntas. El lector tiene la sensación de que la única razón para formularlas es el horizonte del que parte el autor, pero que sería posible dar comienzo a un esbozo de epistemología marxista con mucho menos esfuerzo y con resultados mucho más asequibles e inmediatos. Cuando, por ejemplo, Martín Santos relea a Marx buscando en él la noción de medialidad, es difícil dejar de pensar que esa búsqueda descansa sobre la extremada generalidad atribuida "a priori" a la noción de mediación, con lo que se corre el riesgo de que el esfuerzo realizado resulte a la vez artificial y gratuito.

Sería injusto, sin embargo, pensar que no existen problemas epistemológicos reales en la base de la investigación emprendida por el autor. La cuestión es saber hasta qué punto la trayectoria filosófica de éste no condiciona una aproximación demasiado general y laboriosa a tales problemas por el afán de enmarcarlos en un horizonte previo, el del pensamiento de Husserl.

El valor innegable de Una epistemología para el marxismo procede —lo que no deja de ser paradójico— de los mismos condicionamientos que resultan de la trayectoria personal de su autor. Martín Santos no está lastreado por la carga de escolástica que pesa sobre tantos otros (a veces muy jóvenes) marxistas. Y su perspectiva "diferente" probablemente le permite una visión original de los mismos problemas. Pienso que esta es una gran potencialidad que nadie puede negarle. ■ L. PARAMIO.

Recuerdos de un militar federal

Nacido en 1838, Nicolás Estévez no vería por primera vez un fraile hasta 1877 ("después



de tantas vueltas por el mundo, vi por primera vez lo que jamás había visto"). Fueron muchas las vueltas que dio este canario, que cruzó más de una vez el Atlántico y conoció el exilio en Portugal, Inglaterra y París... En París, primeros años de siglo y luego poco antes de la Gran Guerra, lo trató mucho Pío Baroja, que se reunía con él en el café Flora, de Saint-Germain-des-Près. Baroja escribe: "Me contaba casi todos los días una porción de anécdotas acerca de la gente de su tiempo".

Y anécdotas, sobre todo, es lo que recoge don Nicolás Estévez en sus Memorias, que abarcan cuarenta años, desde que nace en Canarias, hasta que ve al fraile. Casi otros cuarenta, de entonces a su muerte, en París, en 1914, quedaron sin contar. Las Memorias aparecieron en 1899 en "El Imparcial", bajo el título de "Fragmentos de mis Memorias", y ahora lo hacen como libro ("Mis Memorias", Editorial Tebas, prólogo de José Luis Fernández-Rúa).

Tenía realmente mucha materia para anécdotas la larga vida de Estévez. Fueron muchos sus viajes y algunos sus cargos. Gobernador de Madrid en los días republicanos de Estanislao Figueras, que le llamó a medianoche y le dijo: "Ahora mismo, con ese mismo traje, vaya usted a tomar posesión del Gobierno Civil". Estévez dirá de Madrid que continuaba siendo la población más monárquica de España... Luego será diputado triple, elegido al mismo tiempo en Baeza, Orgaz y Santa Cruz de Tenerife. Y finalmente, minis-

tro, a instancias de Castelar. Este calificaría a Estévez como "el más radical de los ministros posibles".

Fue un republicano federal. Y así lo declara cada vez que tiene ocasión. Elogiará a Pi y Margall, que "en la época revolucionaria fue el más consecuente y firme campeón de la utopía federal". Después, esa utopía será asumida por la clase política ("Por propagar lo que hoy piden los más conservadores monárquicos nos hubieran fusilado, no hace mucho tiempo, esos mismos que lo piden").

Pero fue sobre todo un militar, a pesar de que abandonó el Ejército a los treinta y cuatro años, después de que los voluntarios ultras fusilaron en La Habana a ocho estudiantes inocentes. De las personalidades que convivían en él (revolucionario y militar), al final venció la primera, y abandonó la milicia para no tener que actuar en contra de su conciencia, porque "el militar a quien sorprende un alzamiento popular, una conmoción cualquiera, tiene que cumplir como soldado".

"Revolucionario irreductible" llegó a serlo, y, al parecer, lo siguió siendo hasta muy viejo. Baroja, en sus Memorias, llega a señalar la posibilidad de que Estévez llevara a España la bomba que utilizó Mateo Morral en su atentado contra los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, en la calle Mayor, el año 1906. Nada tuvo que ver, en cambio, con la muerte de Prim, al que trató en Londres durante el exilio. El general instaurador metería a Estévez en la cárcel. Don